

Capítulo IX

LOS CARACTERES GENERALES DE LA SIERRA. LOS CAMINOS. SAN MATEO. UN CURATO EN LA SIERRA. EMPRESA DE UN CLÉRIGO OCUPADO EN EL TRÁFICO INTERNO. LA VIDA PASTORAL DE LOS INDIOS. LAS ANTIGUAS RUINAS. EL CAMINO REAL DE LOS INCAS. TARMA, UNA BELLA CIUDAD SERRANA. LOS DIVERSOS TIPOS DE PUENTES. LA Balsa o canoa de juncos. LOS ANTIGUOS ACUEDUCTOS Y ANDENES DE LOS ABORÍGENES. LAS EDIFICACIONES PAGANAS ENTRE LAS ROCAS CERCA DE LA COSTA. LOS TEMPLOS DE LOS ANTIGUOS ADORADORES DEL SOL DEL PAÍS

EL ESPACIO ENCERRADO ENTRE LAS GIGANTESCAS estribaciones de la cordillera oriental y occidental, es decir, la gran cadena de montañas frías de los Andes, está ocupado por numerosas mesetas que producen un pasto bueno y corto y un extenso pastizal escarpado muy parecido, en general, a las tierras altas de Escocia (*Highlands*); aunque desprovistas de brezales, sobre esta superficie muy irregular se intercalan lagunas y ríos, y valles agrícolas profundos y cálidos, en el fondo de los cuales crecen los frutos más ricos de la costa, mientras que las cumbres de los cerros que se elevan desde allí y cercan estos fértiles valles, están expuestas a la violencia de las tempestades de las regiones elevadas de fría aridez.

Desde una de estas quebradas, donde alguna vez residimos durante un tiempo, al salir de la casa, en cuya entrada había un limonero siempre florido y repleto de frutos, en dos o tres horas llegábamos a los escarpados peñascos y picos de la cordillera oriental.

El trazo del camino desde la costa occidental a los Andes centrales del Perú pasa por estrechas quebradas, que a veces se contraen en meros barrancos, bordeados por altos cerros o rocas prodigiosas que

los cierran abruptamente. El viajero camina así durante días, dejando atrás un cerro para encontrar otro que se levanta ante él, pero nunca llega a ese punto ideal desde donde pueda dominar una vista de costa a costa,

*Where Andes, giant of the western star,
Looks from his throne of clouds o'er half the world*
(“donde Andes, gigante de la estrella occidental,
mira desde su trono de nubes la mitad del mundo”).¹

Las montañas más altas de Gran Bretaña, tales como Ben-Nevis (1345 msnm) o Cruachan (1126 msnm),² deben parecer muy diminutas, al compararse con los Andes, cuya misma vastedad y extensión impiden cualquier vista del sol poniéndose bajo las olas del Pacífico desde las regiones interiores, y cuya magnitud limita la rápida vista de los macizos de montañas con sus valles que van a formar una estupenda mole de diversa forma, producción y clima.

Muchos de los caminos de la sierra, a medida que se alejan del fondo de los valles y ascienden, en forma más o menos espiral, por la faz de formidables cuestras, parecen tener su origen en la época quechua, cuando la llama era la única bestia de carga en el país. Dichos animales, al igual que sus dueños indígenas, disfrutaban mucho del frío de la sierra; pero si van cargadas por el camino no se debe apresurar ni interrumpir su lento y majestuoso andar, ni tampoco se debe incrementar la carga más de lo que pueden tolerar, la cual rara vez supera 70 u 80 libras para una marcha larga. El indio comprende su modo y las gobierna con suavidad. Como las llamas no son empleadas para realizar marchas forzadas y solo cubren tramos cortos de tres o cuatro leguas diarias; los senderos que pasan por los pastizales son los más adecuados para ellas. Por ello, los antiguos habitantes del país pueden

1. Thomas Campbell, “The pleasures of hope” *The poetical works of Thomas Campbell* 1845: 29. Disponible en: <Archives.org> (última consulta: 09/02/2016) (N. de la T.).

2. Cruachan, la montaña más lejada en Argelyshire, es muy famosa entre los turistas de Escocia.

haber considerado esto como razón suficiente para apartarse de un sendero árido, aunque menos elevado o empinado, y subir a alturas que ofrecen una temperatura agradable y cierto forraje para las compañeras autóctonas de su labor.

Cuando una persona tiene ocasión de pasar por estos caminos estrechos y fatigantes es necesario que se mantenga alerta para evitar un choque con algún jinete o acémila que venga en dirección contraria, pues existen lugares donde es realmente imposible que pasen los dos a la vez, y, por tanto, se corre el riesgo de que al encontrarse con un animal impaciente o un jinete descuidado, uno de ellos sea precipitado por el borde y consignado a los cóndores y aguiluchos que anidan en los precipicios y en las grietas oscuras de los peñascos.

Esos pasos peligrosos son tan reducidos en ciertos puntos que el estribo del arriero se ve pendiendo sobre la espumosa corriente o proyectado sobre el borde del precipicio más hondo; y cada sendero se vuelve más formidable por los ángulos abruptos y las protecciones inseguras sin parapetos que se construyen a toda prisa cuando una torrentada repentina irrumpe desde la hondonada de un cerro, o las grandes rocas que ruedan desde lo alto las cuales rajan el camino de modo que resulta intransitable por un tiempo.

Cada cierto tramo en la roca viva, hay también muchas cuestas o pendientes empinadas con escalones labrados toscamente. Al lado del camino, en las tediosas cuestas de varias leguas de largo, se han labrado en muchos casos rellanos en el lado más alto del camino, los cuales sirven a los transeúntes para esperar a que pasen los que vienen en dirección contraria, o donde los arrieros se detienen para asegurar la carga y ajustar los lazos de sus animales. Pero cuando sobresale del camino un peñasco o el promontorio de un cerro por el lado más bajo, es decir hacia el precipicio, dejando un cierto espacio plano para un lugar de descanso, entonces este se amuralla toscamente con fragmentos de piedra grandes y con los más pequeños que se encuentran a mano, dando la idea de una fortaleza ruda, pero imponente.

En el año de 1834, pasamos por la famosa cuesta de San Mateo, en el camino de Lima a Tarma y no pudimos sino maravillarnos de cómo, sin ningún accidente grave, la caballería de un ejército destinado a

celebrar el “fraternal abrazo de Muquinyauyo”³ había logrado pasar por la misma ruta unos cuantos meses antes. En aquel entonces, el sendero y los escalones estaban todavía húmedos y resbalosos por las lluvias ocasionales; y lamentablemente, la zona más baja del camino, es decir, la ruta del correo, se hallaba impracticable, debido a la destrucción de uno de los puentes rústicos que normalmente cruzan el río o corriente que pasa por el fondo de la quebrada llena de peñas, a través de la cual se ha abierto un camino arriero, y por donde las aguas corren rápidas espumeantes y rugientes en la época de las fuertes lluvias de la sierra. Durante lo más intenso de la estación lluviosa en la sierra y las altiplanicies, esta corriente, como muchos otros impetuosos torrentes, lleva consigo en su curso un gran número de piedras rodantes cuyo ruido atronador se eleva por encima del rugido de las aguas blancas rechazadas y repelidas incesantemente por los fragmentos de roca que casi atascan el estrecho canal, el cual está bordeado por peñascos inmensos los cuales parecen haber sido separados por la fuerza o rotos para que baje la masa concentrada y unida de riachuelos provenientes de muchas montañas nevadas, lagos y ciénagas de montaña.

El cerro por el cual pasa el camino de la Cuesta, el cual se eleva por la faz de la ladera que sube dominando esta parte de la corriente, es de por sí una mole enorme; sin embargo, al frente se puede contemplar una montaña individual de gran altitud y singular magnificencia: un cerro bordeado de verdor y coronado de nieve, desde la cumbre de la Cuesta, donde el viajero, cansado de la subida, se siente invitado a recuperar el aliento y mira a su alrededor desde la cruz plantada aquí, como sucede, casi siempre, en cualquier situación similar, por los devotos entre los naturales, que gustan de adornar este emblema de su fe con guirnaldas de flores frescas y fragantes. Pero desde la mejor ruta, la cual serpentea el río que pasa más abajo no se ve nada de esta suerte, pues aquí los cerros de cada lado bajan hacia sus escarpados fundamentos hasta que se acercan tanto que ocultan la corriente.

3. Con este abrazo, las tropas victoriosas del general Bermúdez abandonaron su causa y terminaron de inmediato con las hostilidades al cambiar de bando y declararse soldados de Orbegoso y la República; lo que ratificaron abrazando a los soldados que huían el día de la batalla.

Aquí, el jinete puede estirar el cuello para mirar adelante, pero su ojo solo encuentra, además de la franja del cielo, enredaderas de plantas colgantes y carnosas que trepan por las cornisas, y, de vez en cuando, a un enamorado de las flores, el *picaflor* o colibrí, mientras abanica graciosamente con alas trémulas los capullos abiertos que le dan un delicado alimento y pasatiempo.

Estos bosques de San Mateo nos recuerdan forzosamente los bosquecillos de Glencoe, célebres en la historia escocesa,⁴ y, mientras pasábamos por ellos, pensamos en el bardo de Cona [Ossian] quien, en honor a la esfera que antaño adoraron los peruanos, cantó con sublimidad y pasión conmovedoras:

O thou that rollest above, round as the shield of my fathers! Whence are thy beams, O sun! thy everlasting light! Thou comest forth in thy awful beauty; the stars hide themselves in the sky; the moon, cold and pale, sinks in the western wave; but thou thyself movest alone. Who can be a companion of thy course?

(Oh, tú que ruedas en lo alto, redondo como el escudo de mis padres, ¿dónde están tus rayos, ¡oh, Sol!, tu luz perenne? Vienes con tu terrible belleza, las estrellas se esconden en el cielo; la luna fría y pálida, se hunde en las olas de occidente, pero tú te mueves solo. ¿Quién puede acompañar tu camino?).⁵

La aguilera del indio en la cumbre de alguna montaña empinada y lejana (rara vez visitada por el hombre blanco, con excepción del cura) puede fácilmente pasar desapercibida por el foráneo que tenga ocasión de andar por los caminos ordinarios de cualquiera de las principales quebradas y valles de la sierra. Puede que nunca sospeche de su existencia hasta que un día se encuentre con un indio de paso rápido, seguido inmediatamente por una persona que cabalga una mula elegante bien pertrechada, cuyos arneses están llenos de ornamentos de plata.

4. Probablemente, se refiere al episodio de la masacre de Glencoe ocurrido el 13 de febrero de 1692 durante la Gloriosa Revolución (N. de la T.).

5. James Macpherson, "Carthon", *The Poems of Ossian*. Disponible en: <<http://www.sacred-texts.com/neu/ossian/oss13.htm>> (última consulta: 06/06/2016) (N. de la T.).

Probablemente, este jinete, que se sienta cómodamente en una silla del país con un rico *pellón*, lleve un sombrero de ala ancha, con un bonete de seda negra que se distingue alrededor de las orejas y la frente; un par de ponchos muy decorados y ribeteados; unos calcetines negros o pardos de abrigadora lana de vicuña; y el taco de un pequeño zapato, medio oculto en un tosco y costoso estribo que, aunque hecho de madera, está armado de una espuela de plata prodigiosamente desproporcionada, con una gran ruedecilla tintineante, utilizada para mantener a su noble animal consciente de que solo es el heraldo de la muerte y de que carga en su lomo al guardián de la conciencia del pecador.

Este ministro de paz para el doliente, se apresura a salvar el alma de algún cristiano agonizante, cuya morada, como la del halcón, domina el camino ordinario de los viajeros, y la cual, cuando la divisa alguien que se encuentra debajo, parece estar, en efecto, en el punto terrestre más elevado entre el suelo, donde está el observador, y ese cielo al que —según se cree—emprenderá su vuelo inmortal el ansioso y temeroso espíritu del indio moribundo, para lo que solo espera la absolución y bendición del cura. Aquí hay que señalar que en los remotos curatos de la sierra no se ven frailes, como en la costa o climas más suaves, cuyo deber en un alto grado, es ayudar al cristiano a morir bien, donde sea que moren, y velar al pie de su lecho, y exhortarlo y confortarlo, mientras el crucifijo y el cirio están siempre ante sus ojos, y el aliento de vida a punto de abandonar su envoltura animal. Pero, privado de estos auxilios, y con la apariencia que hemos descrito, el cura o el cura inter, cuya vocación lo convierte en la persona más influyente y el único consuelo espiritual en un pueblo indio, hace su rápido camino por la montaña y el barranco, las quebradas y el peligroso sendero, en un medio selecto cuyos movimientos son tan suaves que nunca preocupan al jinete. La mula parece no hacer ningún esfuerzo, aunque deja atrás a las bestias ordinarias de su especie en una jornada, y sube la *cuesta* de tres o cuatro leguas sin detenerse ni una vez a recuperar el aliento, y nuevamente desciende de la misma forma sin perder el trote ni el *paso llano*, el mejor de todos los pasos de marcha, y, a la vez, sus pezuñas macizas y perfectamente curvadas, no necesitan herraduras para suelo, duro o blando, ni en invierno ni en verano, lo que no es de poco mérito donde no se encuentran herradores de caballo.

Los curas de la *sierra*, en un lóbrego distrito pastoral o en una remota localidad india con un clima apto para los cereales, son hombres de cuarenta años, generalmente muy desgastados físicamente. A uno de estos caballeros, para quien dicha estancia es irritante, se le ve leer de largo durante semanas, simplemente para matar el tiempo; ya añora la *tertulia* más refinada a la que no fue ajeno alguna vez; ya se marcha, movido por un impulso repentino, al pueblo más cercano de habitantes blancos, donde disfruta de un clima más placentero y compañía más grata. No es raro que acuda a un *pueblo* minero, con el pretexto de vender los frutos de su *primicia* de grano, etc., lo cual, de seguro, hace con un propósito, pues de diez a uno que acabará apostando con los extravagantes mineros día y noche, hasta que el producto de su primicia se esfume; y el pobre cura vuelva a su triste parroquia cargado de deudas que no puede pagar en seis meses, aun si su curato estuviese avaluado en 4000 o 5000 pesos anuales; aunque, con frecuencia, ocurre que el ingreso es mucho menor. En su curato serrano, donde soporta periodos de aburrimiento y ayunos frecuentes y largos, que debilitan y quebrantan la mejor constitución (pues antes de que pueda llegar a una iglesia lejana y decir misa, a menudo, ya ha transcurrido buena parte del día),⁶ se queja de sentirse en el exilio, y, para su descontento, termina buscando refugio en varias indulgencias que sobrepasan la barrera de la abnegación y lo sumen en las fronteras de esa oscuridad moral que ha sido enviado a iluminar.

Aquí, como en ninguna parte del país, el cura siente las desventajas del celibato involuntario. Para tales prohibiciones canónicas, usualmente, busca compensación en la poco agradable sociedad de una *sobrina* favorita, cuya amabilidad depende de una precaria amistad y cuya fingida complacencia: “hardens a’ within, And petrifies the feeling!” (“endurece todo dentro/ ¡Y petrifica el sentimiento!”).⁷

6. El día en que el cura presta servicios religiosos desayuna después de la misa.

7. Los versos de “Epistle to a Young friend” (1786), de Robert Burns, le advierten al joven del “amor ilícito”. Disponible en: <<http://www.robertburns.org/works/109.shtml>> (última consulta: 06/06/) (N. de la T.).

Aunque lamentamos los males que de este modo acarrear al cura la costumbre establecida y la política romanista⁸ de las órdenes sagradas, nos complace asegurar a nuestros lectores que, de los curas dispersos en la sierra de este país poco habitado, el foráneo y el viajero siempre pueden estar seguros de encontrar la mayor amabilidad y hospitalidad. Además, para ilustrar el carácter moral y el aspecto físico de la sierra, mencionaremos que una vez, cuando viajábamos por el interior, tuvimos la buena suerte de encontrar a un caballero cura, cuya energía mental no estaba sometida por la lobreguez de su residencia en Cauri, un pueblo de la puna de aspecto frío y estremecedor. Esta persona activa y animosa nos encontró cuando atravesábamos el famoso camino de los incas, en las alturas de Huamalíes, y bajamos juntos al pueblo de Jesús, a solo a unas leguas de distancia; sin embargo, antes de que llegáramos a ese punto, su bonita mula comenzó a resbalar, se tambaleó después y perdió de inmediato toda la movilidad de sus patas traseras, como si tuviera un ataque de parálisis. Fue desensillada y al instante el animal se echó en el suelo, se hinchó rápidamente, luchó y gimió, y, en menos de media hora, murió.

El cura, que en esta ocasión demostró no carecer de conocimientos prácticos de herrería, se sintió como quien ha perdido a un compañero apreciado y seguro. Sin embargo, aceptó pronto el infortunio que no tenía el poder de remediar, y ordenó a su paje indio que fuera montaña abajo (después de haber amarrado la silla y los arreos de su animal favorito, abandonado ya a los hambrientos cóndores, en el lomo de la mula de carga que iba delante de nosotros); el jovial cura montó el pequeño caballito del indio, y llegamos a salvo a nuestro destino temprano por la tarde. El ganado —incluso el de montar— estaba en pastizales alejados, y el cura no pudo proveerse de otra mula antes de la mañana siguiente. Por tanto, pasamos la noche agradablemente bajo el mismo techo, donde había un bonito ratón blanco enjaulado y guardado como remedio y amuleto precioso contra todas las enfermedades;

8. Decimos “política romanista” porque, en este punto, el precepto de San Pablo es: *Quod si non se continent nubant* [“Pero si no pueden contenerse, que se casen”] (Corintios 7:9, *Nuevo Testamento, Biblia de Jerusalén* 1976: 237).

se supone que este tímido animal posee un poder mágico muy apreciado por estos pobres montañeses, pues no cuentan con cirujanos ni médicos. Al pueblo de Jesús llegamos en la estación seca, las pampas cercanas tenían un aspecto marchito y raquítrico, y no había cosechas en el campo —ni siquiera la ordinaria cosecha de papas, que, en realidad, es la única, y que, debido a la helada, puede tener buenos o malos años—. Pero, durante la estación lluviosa, cuando no se conoce la helada en las quebradas hondas ni en las remotas alturas cultivables ni en las laderas del campo serrano —donde se aprecia que detrás de las casas más elevadas existen terrenos aún más altos—, los indios, que cultivan cada uno una parcela de tierra, llevan todo su ganado a los pastos más lejanos del extenso común, porque no pueden permitir que se alimenten cerca de sus casas y cultivos los cuales carecen de cercos adecuados.

En buena parte, los indios y los curas tienen intereses muy opuestos que defender en los asuntos mundanos, y con frecuencia se les ve disputando por conseguir lo que quieren cuando arreglan el negocio de las primicias (pues los diezmos son recaudados por el Estado), matrimonios, entierros y festividades religiosas, estas últimas están estrechamente entretreídas en todo el sistema social del país. Tales disputas tienden a rebajar la respetabilidad y la sacralidad de la debida reputación sacerdotal, y no faltan ejemplos de indios que llevan su mala voluntad hasta el extremo de desear vengarse de su padre espiritual de una manera taimada.

En una famosa ocasión, los indios de Huamantanga, pueblo situado en la vertiente occidental de los Andes, y no muy lejos de la capital, aseguraron a su cura que en una aldea situada en la cumbre de un cerro lejano había un hombre agonizando; de modo que si el cura no se apresuraba en asistirlo, moriría irremediamente sin la confesión. El cura replicó: “¿Pero cómo voy a llegar a atenderlo? No hay mulas a mano, y todas están lejos en el común”. Un indio rápidamente le contestó: “Iré a traerle una”. Pero el cura sabía que en esta época, debido a las grandes cosechas, no había mulas cerca. Por tanto, comenzó a sospechar de la buena fe de los que lo rodeaban, pues era viejo y tenía experiencia de la disposición perversa y astuta de los indios; no obstante, cuando el hombre llegó con una mula de buena planta,

reprimió estos sentimientos y preguntó si el animal estaba acostumbrado a ser cabalgado por un cura: “¿Sabe la mula de cura?”. “La mula es buena. —replicó el indio. “Sí —dijo el cura—, pero vamos a ver si sabe llevar a un cura”. Entonces se sacó el hábito y vistió al indio con él y cuando hizo al astuto pillo montar en la bestia, esta se encabritó, pateó y se sacudió violentamente hasta lanzarlo al suelo. Al taimado aldeano, atrapado ahora en su propia trampa, el eclesiástico le dijo de buen humor: “Sientes, hombre, que aunque la mula es buena, no sabe nada de curas, y pues, no hay más alternativa o tu amigo sobrevive a su presente enfermedad o se va a la tumba sin confesión”. Pero no se fue a la tumba en esta ocasión, pues todo había sido preparado como una trampa con la que embrollar al cura para perjudicarlo o destruirlo. Sin embargo, hasta donde pudimos apreciar, nuestro alegre amigo de Jesús era un individuo muy sano y no tuvo nada que temer de la mula que le trajeron a la mañana siguiente para su servicio.

Este caballero tenía muchas ocupaciones además de los deberes profesionales habituales de decir misa, confesar y absolver de los pecados. Proveía a su pueblo de una bebida de malta, de la cual era el único fabricante, y ellos, los principales consumidores. Consideraba con orgullo el descubrimiento (cuyo secreto compartían algunos de sus vecinos) de que el ardiente licor pudiera fabricarse de cebada, cultivada en los cerros a un costo relativamente bajo para el agricultor, mientras que el licor de caña de azúcar o *aguardiente* común, extraído con la ayuda de alambiques de cobre o, peor aún, con destiladores de barro en la sierra, no era superior a aquel. Por otra parte, el *pisco* o *Italia* de sabor más refinado, proveniente del zumo fermentado de la uva, solo podía conseguirse en la costa, y con un gran costo del flete terrestre. Por tanto, esperaba superar con su bebida de malta el consumo del ron de caña, llamado *aguardiente* o *aguardiente de caña*, porque este, a veces, era muy caro y malo. Ello no se debía a la calidad del jugo de caña, como algunos habitantes imaginaban, sino al defectuoso método de destilación empleado por la gente pobre que compraba a los cultivadores de caña las melazas y la llamada *chancaca* (azúcar rubia sin refinar amasada en pequeños panes), con el propósito de convertirlas en *aguardiente*, producto muy demandado en los distritos fríos y mineros.

Nuestro cura especulador tenía una finca en el distrito templado de una localidad llamada Caina, curato que estaba situado de manera conveniente para su rebaño espiritual. Aquí cultivaba gran cantidad de granos y poseía extensos terrenos de pastos. Compraba la primicia de sus hermanos de Conchucos y otros distritos serranos más altos, donde las tasas de la iglesia se pagaban en ganado, pues era el producto comercial de tierras aptas principalmente para pastizales. Este ganado lo ponía a engordar y cuando estaba tierno, barato, y en una condición óptima lo arreaba cuidadosamente por los senderos menos frecuentados de los altos verdeantes hacia los campos de alfalfa o trébol en los valles de la cabecera de la costa, donde existía gran demanda de criadores y carniceros. Además, anualmente, contrataba la compra de miles de arrobas de azúcar con los cultivadores de Huaylas, y con la ayuda de sus amigos y clientes de Cauri llevaba esta azúcar a Cerro de Pasco por un flete terrestre mucho más bajo que cualquier otro en este ramo de negocios; y, al negociar al por mayor, consideraba que podía fácilmente vender más barato que el minorista.

Los arrieros de Cauri, empleados por el cura, son fuertes tipos campechanos que beben una botella de malta o *aguardiente* como si fuera un trago, pues llaman una *gota* o trago a una botella, lo que muestra que la consideran una dosis muy pequeña para sus estómagos bien habituados.

Nuestro cura también se dedica a proveerle sal a las minas de la región adyacente para el beneficio o preparación de los metales, que los caurinos, con sus pequeños y endurecidos jamelgos de anchos lomos suelen traer de Huacho, en la costa del Pacífico, pasando la cordillera por el valle de Sayán. Además es un relojero para los pueblos vecinos a muchas leguas de su residencia y sabe, no lo olvidemos, cómo poner el órgano de la iglesia en funcionamiento cuando se malogra.

Aparentemente, la gente de su pueblo está contenta con un especulador tan inquieto y versátil, y como solo puede cultivar para sí, en los rincones más protegidos, unas papas de muy baja calidad, con frecuentes malas cosechas (aunque sus comunes tienen buenos pastos), su pastor los provee de maíz (como en las localidades aisladas el minero proporciona maíz y vestido, etc. a sus trabajadores con gran ganancia), con el que, junto con papas, queso, huevos y cuyes, se sustentan

principalmente. Es raro que sepan batir mantequilla, y, como la leche se emplea, sobre todo, para hacer queso, no es consumida como artículo alimenticio, excepto por aquellos que viven en pequeñas chozas circulares, que están resguardadas, ocasionalmente, por una hueste de ruidosos perros con el pelo tan enmarañado y apelmazado como el que cubre la cabeza de los chicuelos que los alimentan. Estas cabañas pastorales están desperdigadas por distantes pampas y cadenas de montañas en todas las estancias o terrenos montañosos de pastizales asignados para la cría y el sustento del ganado vacuno y lanar. El viaje-ro del interior del Perú debe con frecuencia pernoctar en ellas.

El pobre indio propietario de unas cuantas reses, antes languidecerá de hambre que sacrificará una cabeza de su rebaño para su propio consumo, pero aquel que posee un pequeño rebaño de ovejas puede, muy convenientemente, sustentarse de carne y *caldo* de carnero (pues por lo común las verduras escasean para hacer el tipo de sopa que se encuentra entre los cultivadores de grano), especialmente cuando un viajero pasa por ese camino, y le compra uno de sus pequeños carneros —mucho más pequeño en los cerros que en los valles cálidos— para consumir por el camino, y hace que el mismo indio lo sacrifique. Con frecuencia, encontramos a los habitantes de la cordillera nevada o de los altos valles de los Andes —a los que fácilmente se reconoce por la ropa de abrigo, el ancho tórax y la complexión ruda— descendiendo de las regiones frías a las templadas y a los valles trigueros, para trocar por hortalizas y granos del agricultor la carne fresca de carnero, que ya desollado y sin vísceras, llevan a lomo de burro (animales que en manos de los indios escapan de los crueles tajos y agujijones que les inflige el negro o *zambo* despiadado). Dicha carne, como la de res, previamente secada al sol, se guarda para el consumo del morador del valle cálido y angosto dominado por rocosas y agostadas cuevas, quien la sirve al viajero bajo el nombre usual de *charqui*, el cual hemos comido a menudo con buen apetito.

Pero volviendo a nuestro cura, hay que esperar que, contribuyendo tanto como lo hace a proveer las necesidades materiales de los curtidors asistentes de su confesionario, no omita irremediablemente sus necesidades cristianas y espirituales. De los resultados combinados de sus diversas empresas, acaricia la brillante esperanza de lograr una

fortuna; sin embargo como nunca hemos sabido de su éxito, pensamos que se puede suponer que, como otros negociantes, haya experimentado algún grave revés o serio desengaño, como es bastante común en este país.

Al amanecer, comimos un buen *chupe* —un plato común y normal de la sierra, que consiste en papas picadas y cocidas en agua o leche, con una adición de huevos, queso y mantequilla, cuando es muy buena; pero, en muchas ocasiones, especialmente en Huamalíes, el viajero solo consigue un *yaco-chupe* o *chupe* de agua, que consiste solo en patatas picadas y cocidas en agua, con un poco de sal y, si hay a mano, una hoja de menta silvestre, como un antídoto útil contra la flatulencia y los malestares estomacales—.

Después de haber acabado de desayunar, y tener las bestias preparadas, lamentamos separarnos de nuestro agradable conocido, cuya presencia e influencia nos facilitó mejores tarifa y hospedaje de lo que usualmente ocurre en nuestros viajes por la sierra. Esta notable persona era originario de Quito, y no importa lo que se piense de su espíritu empresarial y comercial, era apreciado por su natural talento e ingeniosidad como todos los quiteños que hemos conocido en el Perú.

Nuestro camino ahora se extendía por entre las ruinas de antiguas edificaciones y pequeñas aldeas, que aquí y allá, sobre las cadenas más altas tenían algunos restos aislados y de apariencia imponente. Estas reliquias de épocas antiguas se presentan como un claro ejemplo que refleja la belleza arquitectónica de antaño actualmente opacaba por las casas de mampostería sin mortero, techadas de paja, de los pueblos indios. La antigua vía de comunicación entre Quito y Cuzco, donde encontramos a nuestro amigo quiteño el día anterior, es un maravilloso monumento de arte e industria primitivos. Este camino imperial de los incas todavía se encuentra en perfecto estado en muchas partes, donde las piedras aparecen bien encajadas y ordenadas, el pavimento se eleva por encima del nivel de la llanura y posee una buena anchura.⁹

9. La monarquía que los españoles iban a destruir [...] y su origen subía, según la tradición de los indios, á una época de más de cuatro siglos. Habitaron aquel país desde tiempo inmemorial tribus dispersas, rudas y salvajes, cuya civilización comenzó por las regiones australes, entre las gentes que habitaban los contornos de la gran

Entramos a una de las casas en Pueblo Viejo, es decir, las ruinas de un pueblo antiguo, al lado del camino, no lejos de las famosas ruinas de la antigua ciudad de León de Huánuco, considerada por los nativos la segunda ciudad, solo superada por el Cuzco, la capital del imperio de los incas, por las maravillas de su construcción. Encontramos bastante completos los muros de esta casa, excepto donde han sido destruidos por las maliciosas manos del hombre, y sobre una esquina del edificio se había mantenido aún el techo. Las ventanas eran pequeñas, pero la puerta exterior poseía un buen tamaño. Los muros eran tan perpendiculares como se pueden hacer hoy con plomada, aunque de dos pisos de altura. Estos muros fueron construidos con piedras menudas, en su mayoría losas, y entre ellas existe una delgada capa de barro o arcilla. Había dentro particiones de piedra que se elevaban al nivel de las paredes externas formando compartimentos de la casa tan estrechos que, fácilmente, se podía colocar el techo con losas largas y

laguna de Titicaca, en la tierra del Collao. Estos indios probablemente eran más activos, más belicosos e inteligentes que los otros; y como apenas hay nación alguna que por superstición o por orgullo no ponga sus orígenes en el cielo, también los peruanos contaban que en medio de aquella gente aparecieron de improviso un día un hombre y una mujer, cuyo aspecto, cuyo traje y cuyas palabras les infundieron veneración y maravilla. Llamóse él Manco-Capac, ella Mama-Oello [sic], y diéronse por hijos del sol, cuyo culto y adoración predicaban [...]. El reino quedó vinculado en su descendencia, que siempre era reputada por sangre pura del sol, casándose aquellos príncipes con sus hermanas, y heredando el trono los hijos que de ellas tenían. Desde Manco hasta Huayna-Capac se contaba una sucesión de doce príncipes, que, parte por la persuasión, parte por las armas, fueron extendiendo su culto, su dominación y sus leyes por la inmensa región que corre desde Chile hasta el Ecuador, atrayendo o sojuzgando las gentes que encontraron en las serranías de las cordilleras y en los llanos de la marina. El monarca que más dilató el imperio fue el inca Topa-Yupangui, que llevó sus conquistas por la parte del sur hasta Chile, y por la del norte hasta Quito; bien que, según la mayor parte de los autores, no fue él quien conquistó esta última provincia, sino su hijo Huayna-Capac, el más poderoso, el más rico y el más hábil también de todos los príncipes peruanos. [Quintana 1830: 157-158. Disponible en: <http://www.europeana.eu/portal/record/9200110/BibliographicResource_1000126> (última consulta: 24/06/2016). Archibald Smith cita la traducción al inglés de la obra *Lives of Vasco Nunez de Balboa and Francisco Pizarro* 1832. Disponible en: <<https://archive.org/details/livesvasconunez00mar-goog>> (última consulta: 24/06/2016)].

anchas sobresaliendo por los lados, sobre los que se aseguraban con un peso y, uniéndose en el centro, se ajustaban de modo que el techo quedaba cerrado perfectamente. Igual parece haber sido la manera en que se tendió el suelo del segundo piso. En el techo se observó que las losas sobresalen un poco sobre el muro con la mira de preservar un equilibrio perfecto, tal como hemos visto muchas veces en las casas más pequeñas de la antigua arquitectura india que abundan cerca del pueblo de Ambo en las alturas de Andaguaylla. Los picos altos y desgastados por el tiempo de esta hacienda forman las crestas de la cordillera oriental, donde el camino desciende desde estas cumbres hasta el pueblo de Yuramarca en la frontera de la montaña, conocida, en tiempos regios, como el asilo del criminal fugitivo.

Esta hacienda, que participa del clima de las zonas tórrida y frígida, y que está formada de sucesivas mesetas y montañas empinadas, tiene cumbres frías y valles siempre floridos. En nuestra memoria están todavía presentes en un todo sus lagos de Rumichaca, así llamados porque sus aguas salen debajo de un puente natural de piedra; sus fortificaciones en las alturas de Rucrun, y las ruinas de las que ya hemos hecho mención; sus bosques de aliso y perejil; sus matorrales de caña brava; sus numerosos valles arbolados y plateadas cascadas; su rapaz puma; sus rebaños de venados; sus estrechos senderos; y sus pastos resbaladizos, desde donde la res que pasta, a menudo, rueda por la quebrada sin fondo, en encantadora asociación con los valles cultivados de Huácar y Huaylas, y el cruce fluvial formado por la confluencia de sus respectivos arroyos, donde el río de Huánuco inicia su curso suavemente serpenteante. Todas estas maravillas se congregan en nuestra remembranza, como la imaginación las representa en un espléndido paisaje desde las alturas de esta bella hacienda, en contraste con todo el escenario de cerros que se extiende sin límite hacia el oeste.

En las casas de los *gentiles*, como los nativos llaman habitualmente a los viejos edificios que queremos describir (y en los recovecos en los que a veces se encuentran tesoros), el techo tiene un acabado de piedras y arcilla o tierra, de modo que resistan las fuertes lluvias que caen por estos lugares en ciertas épocas del año. Este tipo de edificio, al no requerir madera, era muy recomendado en la sierra del Perú por la abundante presencia de mesetas frías sin bosques y cumbres casi

inaccesibles; pero en localidades como Andaguaylla, donde el bosque rodea las viejas casas indias, los *gentiles* pueden recurrir a esta forma de edificación, debido a que no poseen el arte de la carpintería ni saben emplear correctamente todas las herramientas.

En el clima templado de Tarma, ciudad situada en medio de los Andes en dirección este-noreste desde Lima, las casas están, por lo general, techadas con tejas y las de mejor calidad bien soladas con yeso o estuco. Las más antiguas aún permanecen cubiertas de barro o arcilla roja sostenidas y cimentadas por fuertes vigas troncos y una capa de adobe y cañas o quincha. Los techos más anticuados son construidos con una ligerísima inclinación, con salidas como escotillas de un barco en los ángulos más inclinados, para dar salida a la lluvia cuando cae con intensidad. El muro de la casa que describimos posee un pie o dos más alto que el techo, de este modo tiene la apariencia de un plano algo inclinado con un cerco. Además, en este parapeto se pueden apreciar agujeros triangulares como los de un palomar donde, cuando han pasado las lluvias y se ha almacenado la cosecha, los campesinos ponen las alverjas, los frejoles y el maíz hasta que, con la directa exposición a un brillante sol, estos granos se secan y pueden descascararse sin pérdidas ni dificultades.¹⁰

Tarma es el lugar de recreo favorito de las personas enfermas de diversos lugares, especialmente Lima, y el asiento minero de Yauli, con su riguroso clima, de donde los mineros reumáticos, cuando sus aguas termales no pueden curarlos, concurren en masa a la Estrada o al baile y a la tertulia de los radiantes tarmeños. Todos sus pacíficos habitantes son agricultores, y casi todas las familias residentes emigran en la época de la cosecha a pequeñas fincas en la vecindad de este lindo pueblo *serrano*, que es considerado uno de los más agradables y civilizados en toda la *sierra*, y donde las clases superiores incluso en las ciudades provincianas de la costa, desean adoptar los modales de la capital como norma. Cerca de Tarma hay una bella cascada, con senderos bordeados de álamos y perfumados de yerbabuena y muchas

10. Para descascarar el trigo y la cebada es costumbre hacer que los pisen el ganado tierno o los bueyes.

fragantes y dulces flores en la estación húmeda; cuando los cerros verdean, el aire es puro y la gente está alegre. Se estima que la población de la ciudad y sus aldeas bordea las 8000 personas. Sin embargo, pese a las enfermedades que, a pesar de la salubridad general de su clima, afectan a una población tan grande como la de Tarma, este refugio de convalecientes de la costa y los asientos minerales no cuenta con un médico de cierta importancia, excepto cuando la casualidad lleva a un facultativo de Lima como inválido declarado o solo en estado de recuperación de ciertos males tales como la tisis o la expectoración de sangre.

Una vez que la gente de Tarma ha sembrado la semilla en la tierra, generalmente pasan un mes entero visitándose mutuamente y haciendo fiestas; y dicen de sus vecinos de Jauja (a ocho leguas al sur de Tarma) cuyos regocijos se hacen por la cosecha, que ellos desconfían de la Providencia, mientras que los tarmeños se alegran piadosamente y ponen su esperanza en el Dador de la cosecha. De aquí, inferen que la cosecha de trigo de los *jaujinos* (cuyos graneros son en los años favorables los más repletos de todo el Perú) se hiela y arruina a menudo, mientras la cebada tarmeña siempre florece. No disputaremos con estas personas satisfechas de sí mismas sobre la moraleja de esta anécdota en desmedro de sus vecinos, pero desearíamos que hicieran mejor uso de sus propias ventajas, y que prepararan un buen pan de cebada, del cual no conocen el consumo, ya que dependen de otros para la harina y el trigo, pues nunca hemos comido un pan tan malo, hecho de harina podrida, como el que comimos en Tarma. Quizá la visita muy poco antes de una fuerza militar puede haber provocado que se expendiera un pan tan malo. Pero podemos recomendar sus codornices, las que se fatigan demasiado pronto como para escapar volando y, por ello, fácilmente las atrapan los perros y los indios sin armas; y las piñas y el café de la cercana montaña y la hacienda de Vítoc, ambos son muy buenos y el último, excelente.

La región central del Perú tiene abundantes arroyos y torrentes de montaña, que en ciertos periodos están sujetos a repentinas y tumultuosas crecidas provocadas por la irrupción de fuertes nubes tormentosas y una lluvia torrencial continuada, o granizadas y densas nevadas nocturnas, que rápidamente se derriten con el sol brillante y

llenar los ríos hasta inundarlos. La consecuencia de esto es que aunque poco después el clima se ponga tan bueno y seco que invita al viajero a proseguir su viaje, aun así puede encontrarse con ríos profundos o espumantes barrancos que cruzar, donde son indispensables puentes de algún tipo.

Cuando los hombres de raza indígena tenían que atravesar algún río en su camino, sus ingenieros suplían lo mejor que podían la falta de ciencia con esa sagacidad natural que poseen sus actuales descendientes. Cuando su curso particular lo permitía, colocaban un puente sencillo cerca del origen de la corriente o desagüe del lago de donde esta brotaba, como vemos en los lagos de Lauricocha y Pomacocha. Como las aguas del lago nunca pueden subir demasiados pies por encima de su nivel normal, el método indio de situar grandes piedras a cortos intervalos entre las dos orillas cumple con la finalidad de un puente más científico y dichas piedras al levantarse por encima de la superficie del agua sirven como pilares o soportes sobre los cuales se colocan grandes losas, que forman una senda llana y segura para el paso de los hombres y el ganado. En los lugares mencionados, se puede ver las piedras todavía firmes aunque demasiado alejadas entre sí como para servir de paso, pues ya no se encuentran las losas transversales que probablemente han sido retiradas por obra humana; al menos en Pomacocha no queda vestigio de ellas.

Un puente más ingenioso de antigua invención y todavía utilizado en el Perú es el puente colgante o puente de sogas. Se fabrica de cuerdas del flexible *bejuco*, de ramas de sauce o de cualquier otra fibra vegetal y flexible que se aseguran bien en los extremos en las orillas opuestas del río; se ponen sobre ellas manojos atravesados de hojas de maguey, retama u otro arbusto de ramas largas y blandas; y se amarran muy firme y apretadamente con ligamentos fuertes o gajos de la hoja de maguey (*cabuya*), que es una cuerda tan buena como la mejor. De este modo, se fabrica un puente de anchura suficiente para los caminantes, y una baranda hecha de cuerda pasa a cada lado de manera que el viajero pueda equilibrarse mientras lo atraviesa. El puente de sogas del Huánuco actual constituye un ejemplo de este tipo. Sobre el río Jauja en La Oroya, también existe un puente de sogas muy fuerte para que crucen las reatas de mulas. Las sogas o, mejor, *cables*, que se extienden de una a otra

orilla, se fabrican de cuero de buey, y los travesaños amarrados con correas son de piezas cuadrangulares de madera y lo bastante anchos para permitir que los animales pasen con seguridad. Como este puente se mantiene con una partida extraordinaria, pagamos un peaje para pasar con nuestras cabalgaduras. El puente de sogas o colgante es muy conveniente allí donde el río incrementa su superficie para ser cubierto con troncos que se encuentren en las cercanías; pero, donde la corriente no es demasiado ancha para cubrirla con largas vigas y troncos, de los que las alturas templadas proporcionan materiales apropiados con la madera llamada de *perijil* o *roble*, los nativos logran construir un puente bastante duradero y fuerte, edificando un enorme y masivo parapeto de piedra a cada lado del curso de agua. En estos baluartes fijan fuertes troncos, de modo que se proyectan sobre el río tanto como sea necesario, mientras la porción más grande de dichos troncos se cubre con una densa masa de piedras y barro: un árbol de altura normal es suficiente para cubrir la parte correspondiente al centro del curso del río, y así colocado sus extremos se apoyan en los troncos que sobresalen sobre dicho centro ya bien asegurados en las orillas opuestas. Estos puentes, los más comunes de todos en el Perú, son construidos y mantenidos en buen estado por orden del prefecto de cada departamento, que manda a los subprefectos o gobernadores de las provincias, y estos, a su vez, envían a la comunidad entera de las aldeas vecinas a trabajar bajo la dirección de sus respectivos alcaldes y regidores.

Se ha de mencionar que aún subsiste allí un puente portátil muy curioso, que ahora está cayendo en desuso, pero del que hay un espécimen en Viroy, sobre el río Huácar en el Departamento de Junín; esta antigua reliquia recibe el nombre de *guaro*. Se ha construido extendiendo una sola cuerda fuerte de un borde de la corriente al otro, que se asegura bien al tronco de un árbol o cualquier otro elemento semejante en las orillas opuestas: de esta cuerda se cuelga una bolsa hecha de cuero, cuya apariencia no se distingue del canasto de lona empleado a bordo en los barcos, de modo que corra fácilmente por ella. El pasajero se mete en esa bolsa y así se desliza tranquilamente al otro lado. Los puentes de este tipo han sido sumamente útiles para la *montonera* (tropas patriotas irregulares), durante la última guerra que terminó en la separación del Perú de España.

Otro dispositivo para pasar los lagos y los ríos en los Andes es la *balsa*, una canoa muy pequeña hecha de juncos. Su superficie es plana, y cuando el remero y solo un pasajero se enderezan sobre ella, la canoa se hunde en el agua una o dos pulgadas de su superficie, así ocurrió la única vez que tuvimos oportunidad de utilizarla. En aquella ocasión, durante los aniegos de la estación lluviosa, hicimos nadar al ganado y nosotros cruzamos en una balsa de juncos por el río de San Juan, en la meseta del Bombón, cerca de Pasco.

Los canales de agua de los antiguos peruanos están trazados por las fisuras de los peñascos y los bordes de las elevaciones áridas en las cercanías de la costa y los valles secos intermedios. Estos acueductos, a veces, aparecen maravillosamente contruidos entre escarpados peñascos y, en algunos puntos, se elevan hasta una altura asombrosa. Se construyen a partir de una angosta base aquí y allá entre salientes de piedra y acantilados que unas veces se proyectan y otras se retraen. Dichos pilares de construcción irregular se fabrican de piedras pequeñas y finas o losas livianas, que se apoyan sobre una protuberancia aparente de la cuesta contra la faz de la cual se eleva la construcción, y todas las obras así construidas están tan sólida y fijamente unidas, que tras el paso de las eras y los sismos, todavía están en un estado casi perfecto en infinidad de casos.

Uno de los más asombrosos de estos acueductos está situado a unas ocho leguas de Lima, en el camino bajo que va a Alcacota por Caballeros, en una gran cuesta rocosa, por cuya base pasa el camino, cerca del meandro del río Chillón o Carabayllo, que baja de la cordillera por Obrajillo. Es también muy común en los valles templados, donde los cerros están bordeados de tierra y cubiertos de vegetación, encontrar aquí y allá ruinas de pequeñas aldeas con hileras de plataformas que se elevan sucesivamente en la ladera de un cerro. Estas hileras de planos artificiales o huertas son solo de unas cuantas yardas de anchura, pero su longitud es más o menos grande en proporción a las dimensiones de la extensión semicircular del espacio apto para cultivo.

Al levantar y construir estos huertos uno sobre otro, como los bancos en la galería de una iglesia o los palcos de un teatro, el antiguo indio debe haber iniciado su obra erigiendo un muro de piedra en la parte más baja de la ladera o en el terreno más plano que formaba la

base del conjunto y, en el proceso de levantarlo hasta la altura deseada, debe haber escarbado la tierra de la ladera del promontorio desplazándola hacia abajo para llenar el espacio creado por el muro de piedra formando así una plataforma o bancale; entonces, detrás de este primer nivel levantaba otra división de piedra y escarbaba más tierra otra vez y así sucesivamente, hasta que quedaba terminado el último piso, el más alto de estos pequeños y agradables huertos.¹¹

De esta forma, estos industriosos nativos siempre preservan el suelo profundo, el cual pueden excavar y revolver a su gusto sacando a la superficie tierra nueva que rinda una nueva cosecha sin necesidad de abono, y, con el mismo medio, preservan de la erosión causada por las fuertes y frecuentes lluvias, el tesoro de limo vegetal que así tan laboriosa y pacientemente han acumulado.

A medida que bajamos de las regiones serranas del país y llegamos a los cerros áridos y desnudos cerca de la costa, descubrimos las ruinas de las residencias paganas que aparecen en las grietas de las rocas, en el amplio páramo donde no se ven plantas, excepto unos cuantos cactus desperdigados, y no se mueve ninguna criatura a excepción de la lagartija que se asolea y el milano que acecha sus movimientos, entre las ruinas que se desmoronan y los bloques circundantes que hemos visto desprenderse de su sitio original por la pared de la cuesta. Y a medida que nos aproximamos aún más a la capital, adonde el valle del Rímac despliega sus amplios y fértiles acres de suelo aluvial profundo, vemos que esta tierra admirable, cuando carece de agua, tiene un aspecto de esterilidad desértica, pero solo necesita irrigación —sin ser necesario el abono— para producir la provechosa caña de azúcar, la alfalfa selecta y el maíz, que crece hasta ondear por encima de la cabeza del capataz cuando pasa a caballo por los campos supervisando a los trabajadores.

Al llegar a estos llanos, susceptibles de mejoras infinitas y grandes rendimientos, por todas partes nos rodean los vestigios de la antigüedad, particularmente las ruinas de *guacas*, que a la distancia parecen

11. Los huertos indios en los cerros de la sierra son llamados “*andenes*” por los españoles, de donde viene la palabra Andes.

pequeños cerros o montículos que respuntean los llanos abiertos, aunque pensamos que alguna vez fueron empleadas como tumbas para los nativos, adoradores del sol. En algunos de estos monumentos aún se encuentran cámaras interiores o sótanos funerarios con aberturas muy estrechas para entrar, y de estos laberintos se han extraído no pocas veces momias, tejidos de diferentes colores, diversos utensilios domésticos y figurillas sagradas e ídolos. Tenemos en nuestro poder un fino ídolo de plata con la figura de un inca y una llama del mismo material y manufactura, sacados de una *guaca* que nos obsequió nuestro amigo el reverendo padre doctor don Lucas Pellicer, limeño eminente y clásico, de cuyos méritos como erudito y estadista patriota su país se siente orgulloso con justicia.¹² Muchas otras reliquias curiosas de un antiguo pueblo se han desenterrado de los mismos edificios, con las cuales el diligente don Mariano Rivero ha formado la colección más interesante y extensa que existe ahora en el Perú, y hace ya un tiempo se ha propuesto hacer de ellos dibujos y descripciones exactos para lograr el favor del público y enriquecer la historia de su país nativo.

Sin embargo, las tumbas de las cuales las reliquias de este tipo se extraen normalmente no se limitan al entorno de Lima, Trujillo o la costa en general, donde sus estructuras de barro modelado y arcilla secada al sol se preservan muy bien gracias a la falta de lluvias. Tales restos se ven todavía en algunas partes de la sierra, y al hablar de las *guacas*, a las cuales considera como templos, [el padre José de] Acosta en su *Historia natural y moral de las Indias* (vol. 2: 128), nos dice que “[...] había en el Cuzco¹³ mas de cuatrocientos adoratorios, como tie-

-
12. En 1828, el padre Lucas Pellicer aparece como cura de Yanahuanca, en la provincia de Pasco, del arzobispado de Lima (De Piérola 1828: 82), y entre 1833 a 1837 figura como cura de San Jerónimo en la provincia de Ica (Paredes 1833: 76, 1836: 85) (N. de la T.).
 13. El Cuzco, situado en la latitud 13°32'20" latitud sur, en un clima fresco y aireado, en medio de un valle entre las cadenas oriental y occidental de la cordillera de los Andes, tiene en su cercanía quebradas o valles cálidos y fértiles. Se dice que fue fundada por Manco Cápac, el primer inca, a mediados del siglo XI, y Francisco Pizarro tomó posesión de ella, en nombre de Carlos I, rey de Castilla, el 13 de marzo de 1534. En el año de 1590, la famosa capital del antiguo Imperio peruano sufrió un terrible terremoto, que arruinó gran parte de sus antiguos monumentos.

rra santa, y todos los lugares estaban llenos de misterios; y como iban [los incas A.S.] conquistando, así iban introduciendo sus mismas Guacas y ritos en todo aquel Reino. El principal á quien adoraban, era el Viracocha Pachayachachíc, que es el Criador del mundo, y después de él al Sol; y así el Sol, como todas las demás Guacas decían, que recibían virtud y ser del Criador, y que eran intercesores con él”.

La arquitectura del gran templo del sol y la fortaleza, cerca de la ciudad, todavía muestran un diferente tipo de mampostería que la que se ha descrito antes, y es la más habitual en la sierra del Perú, donde existen numerosas ruinas de pueblos y *tambos*, construidos de piedra de tamaño normal. Pero, en Cuzco, las ruinas del templo y la fortaleza aún existentes están formadas por piedras de gran magnitud y de formas irregulares, aunque aparecen tan exactamente encajadas que no es visible ni una hendidura ni cementos en las juntas.